
ENCLAVES MÍTICO-LITERARIOS EN LA COSTA DA MORTE

Manuel Cousillas Rodríguez
I.E.S. Salvador de Madariaga, A Coruña

COSTA DA MORTE, topónimo metonímico y lugar de encantamiento, se denomina a un extenso litoral situado en el noroeste peninsular, provincia de A Coruña, azotada unas veces y acariciada otras por el Atlántico. Se extiende desde Malpica a Carnota, siendo los promontorios más importantes los cabos Roncudo, Villano, Touriñán, el santuario de la Virgen de la Barca y Finisterre. Toda esta costa es un finisterre, donde la tierra termina y comienza el ancho océano. Tierra de abruptos acantilados, de atmósfera mágica y mordisqueada por un tenebroso mar que abre su vasto horizonte a lo misterioso y donde, según cuenta la tradición, vivían sirenas encantadas, monstruos marinos y duendes caprichosos dispuestos a socorrer por interés o a sumir en la desgracia a los navegantes.

De estos promontorios se puede decir lo que Azorín (1975:25), en *El paisaje de España visto por los españoles*, expresa, cuando desde la Torre de Hércules, atalaya el inmenso mar que baña el litoral coruñés:

[...] Aquí parece como que hemos perdido la noción del tiempo y del espacio. Ahora, en este instante en que nos encontramos frente a la inmensidad, nos sentimos como envueltos en un ambiente que no hemos sentido jamás. ¿Ambiente de soledad, de apartamiento, de misterio? No lo sabemos; pero aquí, como en un cabo del mundo, como en un remoto pedazo de España que entra hacia el mar, nuestro pensar y nuestro sentir son otros de los de antes.

En efecto, lo que impresiona en estos promontorios es la fuerza del color de este misterioso mar, el embrujo de esa atmósfera fantástica que nos envuelve, esa belleza del entorno que nos intimida y donde el tiempo parece que se detiene, despojándonos de la inmediatez del presente, para adentrarnos en el cosmos de lo sublime.

Este enigmático litoral comparte con la muerte, además de su nombre, los acontecimientos lúgubres de tantos naufragios, testigo mudo de numerosos sucesos luctuosos y la temeridad del mar en los días de tempestad con su ensordecedor ronquido cuando quiere hacerse oír. En sus míticos promontorios se asientan faros mágicos como los hijos de los dioses y poderosos como ellos, aviso de navegantes

y que impasibles rigen el destino de pescadores y marineros. Vigías de aguas tenebrosas de color verde, salpicadas de azul o gris. Es un mar lleno de movimiento y rumor, oloroso y libre; donde a veces el vendaval brama cantares fúnebres, atribuyéndole sentimientos humanos.

En esta abrupta costa todo parece legendario, toda ella tiene un aire de misterio impregnada de ese aroma a mar distante y a la vez cercano y de energías telúricas que avivan los sentimientos. Poblada de relatos populares que captan lo inverosímil de lo natural, lo fantástico de lo familiar y lo mágico de lo cotidiano. Relatos que como las personas tienen una vida activa. No permanecen estáticos, sino que, por el contrario, pasan de unos pueblos a otros, dejando tras sí un rastro brillante, como la plateada película que sobre la hierba deja el caracol en su lento caminar. En este viajar de boca en boca traban conocimiento entre sí y llegan a fundirse.

El espacio en estas narraciones no es un factor sin relevancia, cumple una función semántica, adquiriendo una significación que sobrepasa lo topográfico, aunque está más indicado que descrito. Por ello, posiblemente, sea en el espacio donde encontremos numerosos rasgos que son determinantes en la literatura popular, ofreciéndonos la posibilidad de espacializar el mito, la leyenda y el cuento. La descripción del entorno en estos relatos populares se semiotiza, alcanzando rango de símbolo y el lugar de la acción nos proporciona múltiples elementos para la interpretación semiótica, insertándonos en el espacio y sumergiéndonos en la ficcionalidad. Espacio folclórico donde los acontecimientos reales y fantásticos tienen el mismo peso, porque no es fácil discernir lo natural de lo misterioso, transformándose de este modo el espacio de encuadre físico en marco literario.

Los enclaves míticos, que el pueblo llama mágicos, fueron elegidos por su aspecto mayestático como lugares idóneos para erigir altares a los dioses. Parajes en donde los celtas, romanos, musulmanes y cristianos han legado las huellas de sus manos y de sus espíritus plurales y contradictorios, donde los recuerdos son como sueños enriquecidos por ese brebaje mágico de la tradición.

Las reminiscencias medievales son patentes en muchas narraciones de este litoral, cuando presentan a las personas como seres indefensos e impotentes ante el poder destructor de la naturaleza, adquiriendo ésta en algunos relatos populares un comportamiento que podríamos llamar infernal y existiendo, sin duda, un paralelismo entre demonio y naturaleza. Relatos que, sin embargo, se narran en un lenguaje familiar y haciendo referencia a lo cotidiano. Pero, también, donde lo maravilloso es capaz de innumerables metamorfosis que suelen ser instantáneas. Es decir, frecuentemente pasan de una forma a otra sin transición. E introduciéndonos en el campo de la pragmática, un objetivo importante de estos relatos es su función intencionadamente comunicativa y social. En fin, auténticos tesoros de la literatura de tradición oral que viven en el corazón del pueblo y forman parte de su patrimonio, nos dan a conocer sus sentires, hablándonos de las huellas de su pasado y enseñándonos formas de vida desaparecidas. Son narrados de generación en generación, perpetuando un ciclo que se inmortaliza a través del caudal navegable del tiempo y que se inscriben en un pasado sin fecha. Parafraseando a Valle-Inclán cuando se refiere a la paternidad de los cuentos en las *Sonatas* podríamos

decir: *Los relatos populares nunca son de nadie*. En efecto, el narrador de relatos populares es, en general, consciente de su tendencia a fabular, dando prioridad en el folclore de este litoral a una temática fantástica en una naturaleza que con frecuencia es presentada en sus manifestaciones más ciegas, mágicas y potentes y llena, al mismo tiempo, de misterio.

Sobre las posibles interpretaciones de su nombre: Costa da Morte, aún hoy ignoradas, diré en primer lugar, que una nefanda leyenda narra que sus habitantes en las noches de bruma y tempestad colgaban en los cuernos de los bueyes faroles encendidos, moviéndose por los vericuetos del litoral para confundir a los navegantes, que creían llegar a puerto, cuando lo que encontraban eran arrecifes y la intención del despiadado engaño era hacerse con el botín que las bravas olas arrojaban a la orilla.

En segundo lugar, cuentan que eran las meigas con sus diabólicos ritos las que escogían al anochecer estos solitarios y mágicos enclaves para no ser descubiertas por los habitantes del pueblo y sus misteriosas velas, que no había viento ni lluvia que las apagara, desorientaban a los marineros y provocaban los naufragios.

En tercer lugar, otras leyendas narran que la causa de tantos desastres se debe a que en el mar que baña este litoral, viven perversas sirenas que con su embrujado canto desnortan a los marineros, provocando los naufragios. Una copla popular así lo dice:

Oín cantar a sirena
alá no medio do mar:
cántos barcos se perderon
ó son daquel cantar.

Incluso se creía que las nubes impregnadas de estas aguas marinas, que siempre se han considerado sagradas, tenían poderes mágicos. Ya Feijoo (1759:90), en *Teatro Crítico Universal*, censuraba la creencia de los moradores de estas enigmáticas costas en la existencia de nubes que transportaban hombres del norte de Europa al cabo Finisterre.

Aún hoy este mar es un ser venerado como lo prueban numerosas testificaciones de nuestra etnografía. Así en la festividad de la Virgen del Carmen, la Virgen marinera, los tripulantes de las embarcaciones en procesión acuática arrojan a la mar coronas de flores, ramos y otros objetos bendecidos, atribuyéndole virtudes maravillosas; mientras entonan coplas a la Virgen, una de las que recuerdo es ésta:

Salve, mar de penas,
reina de los mares,
salve, reina hermosa,
llena de piedades.

También, desde la noche de los tiempos, las losas graníticas que asemejaban camas y situadas en lugares mágicos han sido motivo de veneración; unos creían que estos pétreos lechos le otorgarían la fecundidad que sólo la naturaleza de estos enclaves míticos puede dar: así el peregrino –ya que el peregrinaje a Santiago de Compostela tuvo siempre como apéndice la visita al cabo Finisterre o al santuario de la Virgen de la Barca- reposaba en ellas para convertirse en un nuevo iniciado o para transformarse en un hombre bueno. La cama pétrea más mencionada en la literatura popular de estas latitudes, se halla en la localidad de Fisterra, en la ermita de San Guillermo, hoy en ruinas, y que desde el siglo XIV está ligada a ritos de fecundidad y purificación. Lugares mágicos en los que el hombre y el entorno se identifican y donde el paisaje es algo más que un lugar de encuentro.

Observé a través de numerosos viajes a la Costa de la Muerte que el quehacer cotidiano crea vínculos entre el cosmos y el hombre; siendo, no obstante, difícil hallar temas propios en un determinado pueblo, sino que éstos se encuentran dispersos en distintas localidades, compartiendo rasgos comunes. Igualmente, en determinados lugares, se llega a creer que algunos erosionados acantilados son seres humanos transformados. Y con frecuencia los bautizan con nombres de personajes históricos o de leyenda. También las huellas de algunos santos se encuentran en ciertos lugares rocosos y resbaladizos. Estos caminos serpenteantes simbolizan el misterio, también el peligro. Así encontramos, según opinión generalizada, las huellas del caballo de Santiago Apóstol en numerosos pasadizos rocosos.

En la mítica playa del Osmo (Corme) se halla un atajo enriscado, llamado el “mal paso”, que enlaza este arenal con la no menos mítica playa de la Hermida y, según la tradición, por allí pasó Santiago en ayuda de San Adrián en su lucha contra el infiel héroe celta Gondomil. Por eso, las huellas – parecidas a las de los caballos- que se perciben en este rocoso y resbaladizo atajo, se cree que pertenecen a las del caballo del Apóstol.

Posiblemente, esta arraigada opinión popular en el folclore gallego tenga su origen en el arraigo de la leyenda del héroe Roldán en Galicia y suponga en la mentalidad y sentimiento del pueblo un parangón entre el Apóstol caballero y el héroe de la *Chanson*.

También las huellas de Jesucristo o las del demonio se encuentran en algunas piedras planas y de gran tamaño. Una leyenda que me contaron así lo acredita:

Hay entre la ribera del Lastre y la playa del Portiño (Camelle) una gran piedra plana, a cuyos orificios se les atribuye significados sorprendentes; en ella se encuentran, según creencia popular, las huellas de Jesucristo, también las de unas ovejas y las del demonio. Cuenta la tradición que Jesucristo, acompañado de unas ovejas, arriba a la bahía de Camelle en una barca, atracando en dicha ribera, salta sobre esta roca, quedando grabados en ella sus pasos. Después lo hacen las ovejas, dejando las marcas de numerosas pisadas, y más tarde el demonio, que al acecho los seguía de lejos, repite la acción, plasmando en ella sus huellas.

Cuentan también que el pie de Nuestro Señor dejó una talla adaptada a las personas buenas. A su alrededor se encuentran numerosas pequeñas huellas, que atestiguan el paso de los ovinos; y asimismo otro orificio deforme y alargado que no se acopla al pie de ningún ser humano y al que la gente llama la huella del maligno.

Las tres respectivas pisadas encarnan tres símbolos: la adaptabilidad del pie de Jesucristo significa que Dios es el buen camino para la gente de bien que quiera seguirle. Las holladuras de las ovejas representan a las personas que van buscando sosiego. Por el contrario, las huellas del demonio, que no se acoplan a ningún pie humano por su deformidad y longitud, expresan la traición, porque él espía a cierta distancia con intenciones malévolas.

Los caminos, especialmente las encrucijadas, en la literatura de tradición oral de Galicia, además de intermediarios, son, en general, símbolos de vivencias cotidianas y de la tradición que dejan en la memoria del pueblo vestigios permanentes y dotados de un alma por donde transcurre también el pasado. Son como paraísos perdidos a través de los pasos del tiempo, donde el recuerdo es, en ocasiones, más ensueño que realidad.

También en el río, unas veces solo y otras, acompañado por el camino, ambos símbolos del dinamismo y en ciertos tramos considerados míticos en la literatura popular de la *Costa da Morte*, se hallan presentes en algunas narraciones, incluso en romances, por ejemplo éste:

El camino lleva al río
desde muy lejanas tierras
relatos del ancho mar
y de lo que allí le espera,
y el río le habla al camino
de la intransitable sierra,
poblada de corbas matas,
donde nace y se acrecienta
y que es seno, nido y casa
de plantas, aves y fieras,
donde nace la galerna,
capricho del fiero viento,
do las nubes se deslizan,
tan cambiantes como el mar,

saltando sobre las peñas,
danzando en los matorrales.
También le habla con tristeza
del enfado de los montes
cuando los rayos serpean
y crujen los roncros truenos
desatando la tormenta.

Observamos con qué delicadeza el río le responde al camino, comunicándole que para los trotamundos la vida es difícil en todos los lugares.

Frecuentemente en el folclore el río y el camino son compañeros de viaje; pero en ocasiones, se separan, cada uno va por su lado y cuando se vuelven a encontrar, ambos entablan nuevos diálogos y comentan sus avatares.

Algunos relatos nos informan de las vicisitudes de estos dos empedernidos itinerantes. En unos, el río le cuenta como reanima a sedientos, lava miserias y es espejo y testigo de amores e infidelidades.

En otros, el camino le dice al río que viene amoratado por las pisadas de los transeúntes y abrumado por la vileza de algunas personas, pero como tiene que ir a ras de suelo no puede erguirse y evitar villanías.

También algunas grutas de este enigmático litoral, que se conocen con el nombre de *furnas*, son considerados enclaves mágicos y seducen la imaginación popular, sirviendo de morada a entes fantásticos en las que guardan celosamente fabulosos tesoros: cofres llenos de monedas de oro y de anillos mágicos, joyas, etc. En la playa del Osmo (Corme) hallamos una, de la que se dice que sus moradores, los duendes marinos, son poco agradables si se enfadan, incluso vengativos. Del sentido de la venganza de estos duendes, me contaron este cuento:

Mi padrino estaba pescando en su motora a la altura del cabo Roncudo en un gélido atardecer de invierno; como tenía frío, puso a calentar agua en una olla para hacer café, cuando un pequeño duende que descendía lentamente por la chimenea de la cocina de la embarcación, tropieza, introduciendo sus minúsculas manos en el agua hirviendo.

Empieza a gritar desesperadamente, y al instante en la motora aparecen muchos diminutos seres, que lo sacan del recipiente y lo trasladan por los aires a la cubierta de la nave.

-¿Te ha quemado él? –escuchó, desde la proa, mi padrino.

-No, la culpa ha sido mía, me he abrasado yo –contestó angustiado y aturdido.

-Está bien, -comentaron los otros diminutos duendes-. Si te has quemado tú, no hay nada que decir, fue un accidente; pero si lo hubiera

hecho él, pagaría caro su atrevimiento; sin duda, le habríamos hundido la embarcación.

Ahora me referiré a algunas voces literarias que evocan parajes míticos de la Costa de la Muerte. Además de las referencias literarias insertaré, considerando que también es literatura, toda forma expresiva que contenga valor artístico para poder ser considerada otra modalidad literaria que comúnmente se denomina *literatura popular*, y es una de tantas formas de la expresión cultural de un pueblo.

Uno de los pioneros en evocar a la naturaleza de este portentoso entorno fue Eduardo Pondal, que en ocasiones, nos describe los enclaves míticos de la *Costa da Morte* como una naturaleza recia, rocosa y escarpada. Poblada de montes y valles armoniosos, de verdes castros, cuyos recuerdos comportan nostalgias memorables, de pinos cuyo ronco rumor tienen un bello compás semejante a las arpas de Breogán cuando celebraba sus victorias.

Su predilecto horizonte literario era legar a su tierra una noción de raza histórica, destacando entre los personajes poéticos más ilustres los héroes Breogán y Gondomil, ambos ubicados más en la mitología que en las crónicas o en lo cotidiano. Por ello, ciertos mitos no han arraigado en el alma del pueblo, por ser introducidos por *vía culta* y no por la vía del folclore.

En su poética se observa una interacción entre pueblo, paisaje y mito que, según pasa el tiempo, se irá desmoronando, percibiéndose en su obra una añoranza de míticas glorias pasadas y transformando el entorno en escenario poético.

El río Anllóns, mitificado y adorado por los celtas ha sido para Eduardo Pondal una constante fuente de inspiración, especialmente, según creencia popular, las ninfas que habitaban en este río; a las que él, en ocasiones, llama *Miñas boas Allónides amadas*. Y en *Os Eoas* (Pondal, 1992:340), de este modo nos describe su desembocadura:

XLII
 Onde o Allóns pacífico e ignorado
 Sosegado levando o seu tributo,
 O seu argendo lego e sosegado,
 Mestura co agitado e salío fluto.
 A seca Tabuido tena a un lado,
 A outro Balarés curvo e cornuto;
 A uns dos lados se ve Corme peixosa,
 A outro lado se ve Laxe areosa.

Para Eduardo Pondal la añoranza de los tiempos que han sido, se refleja perfectamente en este poema manuscrito, al parecer aún no en letra impresa, sobre el mitológico pinar de Froxán, situado en la costa bergantiñana:

Como soan, como soan,
movidos do vento soan,
os pinales de Nariga,
os pinales de Froxán.
Soade, pinos soade,
que é doce vos escoitar.
o voso rouco murmullo
ten un garrido compás
asomellándose ó das arpas,
das arpas de Breogán,
cando as glorias celebraban
que foron ou que dirán.
Como soan, como soan,
os pinales de Nariga,
os pinales de Froxán.

También este mar tenebroso y de tragedia bordea el santuario de la Virgen de la Barca, situado en la rocosa Muxía; famoso a través del folclore y de la literatura por la barca de piedra que está troceada en tres partes y se halla varada en las laderas de este mítico santuario, llamado, por este motivo, de la Virgen de la Barca. Un sinfín de creencias nos ofrece la literatura de tradición oral sobre la milagrosa pétreo embarcación y también múltiples connotaciones mitológicas que sobre ella se conocen.

Gonzalo López Abente (1971:16), célebre poeta de esta localidad, lo resume en esta copla, en *Monza de frores bravas para Nosa Señora da Barca*:

Dúas pedras de gran sona
Nosa Virxen ten aquí:
A “Nau” que abala, e a “Vela”
Que cura o mal dos cadrís.

Aunque no menciona el timón de la embarcación que es la *pedra dos enamorados* que suele dirigir a buen puerto, con la intercesión de la Virgen, los deseos que los enamorados le demandan.

A la *pedra de abalar* antaño se le otorgaban poderes contra la esterilidad.

Desde siempre la literatura de tradición oral gallega le ha conferido a ciertas piedras poderes curativos, adivinatorios y cosmotelúricos, a la vez que las ha considerado símbolos de lo inmutable, lo eterno, y por tanto, intermediarias entre el

hombre y lo sobrenatural. Se las ha asociado, en ocasiones, al origen de la vida y, por ello, portadores de la fecundidad.

También Rosalía de Castro (1992:46) en *Cantares gallegos*, poetiza sobre la Virgen de la Barca, paisaje, gentes y costumbres de este extenso litoral de orografía accidentada y abrupta costa frente a un océano violento, proclive a los naufragios:

¡Bendita á Virxe da Barca,
Bendita por sempre sea!
¡Miña Virxen milagrosa,
En quen tantos se recrean!
Todos van por visitarla,
Todos alí van por vela
Na sua barca dourada,
Na sua barca pequena,
Donde están dous anxeliños,
Dous anxeliños que reman.
Alí chegou milagrosa
Nunha embarcaçon de pedra.

Asimismo cuentan que, según la tradición, las olas bravías que bañan este santuario, son en la noche de San Juan, antídoto contra la esterilidad.

Este ritual es preciso realizarlo después de las doce de esta mítica noche hasta el alba, determinando así el *cronotopo*, que es decisivo en el desarrollo de los hechos, a la vez que nos ofrece una estampa taumatúrgica de la noche, y ejerciendo un poder mágico en los acontecimientos. Es decir, donde espacio y tiempo se concretan en imagen y dejan de ser mera información en terminología bajtiniana. Los más viejos del lugar dicen que es preciso llevar un ramillete con tres hojas de laurel cuando se reciba el envite con tres olas nacientes consecutivas, que el pueblo llama buenas, y que son portadoras de los dones de la fecundidad, además de propiciar suerte; y retirarse antes de la llegada de la cuarta ola, que es portadora de maleficios; por eso se le llama la mala. Para los lugareños el laurel es considerado favorecedor de la fecundidad y protector de todo tipo de embrujos y al número tres le otorgan propiedades mágicas y curativas. Es creencia generalizada que los baños deben tomarse en número impar. Así lo atestigua una copla popular:

Voume ó santuario da Barca,
nesta noite prodixiosa,
para dar-me o baño máxico
nas tres olas milagrosas.

También en algunos pueblos de la Costa da Morte, cuya tradición se adentra en las entrañas del tiempo, se hace este ritual, además de la noche de San Juan, en los meses que carecen de “R”, en pleamar y cuando la luna está en plenilunio, teniendo las olas en estas circunstancias propiedades fecundadoras y profilácticas.

Observamos, pues, que la noche está situada en un nivel pragmático, donde lo prodigioso está relacionado con la nocturnidad, ostentando el rol de donador.

Posiblemente, este ritual tenga su origen en la mitología griega, especialmente en la diosa Selene, personificación de la luna en plenilunio. Se la solía representar como una divinidad que recorría el firmamento conduciendo un carro tirado por dos caballos o, a veces, por dos bueyes. Antes de su viaje a través del cielo de la noche, Selene se bañaba en las plateadas aguas del mar. Por Endimión, es madre de cincuenta hijas, las cuales encarnan las cincuenta lunas que se suceden entre Olimpiada y Olimpiada. Y por ello, se le consideraba, en cierto modo, símbolo de fecundidad.

Del mismo modo que, en muchos cuentos el hada madrina ha sido reemplazada por la Virgen; no sería extraño que algo parecido ocurriera en las leyendas, procedentes muchas de ellas de mitos greco-latinos. En efecto, de todos es bien sabido que el relato popular es capaz de innumerables metamorfosis.

En todo este litoral que llaman de la muerte, encontramos leyendas sobre las virtudes de las olas; aunque en algunas de ellas nos cuentan que las brujas de estas tierras se transforman en terribles olas con la finalidad de embarrancar en las abruptas rocas a ciertas embarcaciones para que pudiesen en ellas aquellas personas contra las que albergaban algún resentimiento.

También F. Vivanco (1974:93), en *Los caminos*, refiriéndose al tenebroso mar que baña al cabo Finisterre y a su entorno, lo sitúa en un tiempo imperecedero y en un espacio donde el paisaje poetizado se estructura espacialmente y lo natural se convierte en fantástico. Así con estas pinceladas cromáticas e impresionistas nos describe el atardecer de este mítico lugar:

3

Hay redes que se tienden a secar, y mujeres
que adelgazan su ropa de luto entre redes.
Hay hombres con las piernas desnudas, en las rocas
de la marea baja, callosa de percebes
y en medio del crepúsculo que se atarda en las pozas
-anaranjado, cárdeno, violeta, gris y verde-,
aún rezamos el ángelus rebañego del campo.

5

Son las brumas que envuelven al rojo promontorio.

Al pie de los mellados perfiles, está el agua
restallante, y oscura socavándolos...

Asimismo Feijoo (1852: 116), en *Teatro Crítico Universal*, nos comenta con tono crítico el hechizo que este cabo provocaba en las huestes romanas:

Los soldados de Junio Bruto, llamado el gallego, porque conquistó a Galicia, no tuvieron otra ganancia en decir en Roma, que del Cabo de Finisterre habían visto al sol sumergirse, levantando terrible humareda en el agua del Océano.

En este entorno mágico del litoral de Finisterre, tengo que aludir en lo que concierne a los seres mitológicos a la leyenda de la *Sirena de Finisterre* que perdura en el recuerdo del pueblo donde nació. Aunque, en ocasiones, hallamos semejanzas entre entes legendarios de zonas relativamente cercanas como acontece en la literatura de tradición oral gallega, asturiana y cántabra, donde se percibe una interacción mitológica, y concretamente con relación a esta leyenda. Esta interacción en el folclore se intensifica en la Edad Media, especialmente a través del Camino de Santiago.

Algunos lugareños de Fisterra cuentan sobre esta sirena, con ecos odisiacos, que invitaba con su portentoso y encantador canto a los marinos, atrayéndolos hacia los fatídicos peñascos sumergidos en el mar rompedor; por ello, los marinos cuando navegaban frente a este mítico promontorio invocaban protección al Santo Cristo de Fisterra, el de *a barba dourada* para que les impidiese oírlo.

Las sirenas de este litoral, en general, están relacionadas con la muerte, con el Hades, y su canto, siempre funesto para los hombres, desvía de su rumbo a los navegantes y los adormece.

También le pedían, cuando las embarcaciones eran de vela, el viento favorable para la navegación del velero y poder remontar el cabo Touriñana; así lo manifiesta esta copla:

Santo Cristo de Fisterra,
Santo da barba dourada,
Dame o ventíño na popa
Para montar a Touriñana.

Desde siempre los ribereños de esta zona han concebido a la mar como un ente enigmático, en cuyo seno se alojan criaturas tanto hermosas como feas, asimismo benévolas y malvadas.

Todas estas creencias, que se sumergen en la profundidad ilimitada del tiempo, dieron lugar a las leyendas sobre sirenas, tritones, duendes, serpientes y monstruos marinos. Posiblemente, la razón de ser de la mayor parte de esta literatura de tradición oral se deba al convencimiento de que igual en la tierra tiene que haber sumergido en las aguas marinas un mundo parecido al de los humanos.

En este promontorio que los primitivos pensaban que era el fin de la tierra, se ubica según la tradición el *Ara Solis* –altar pétreo- edificado en honor al sol. Acontecimiento mítico que igualmente disputan el santuario de la Virgen de la Barca y también el cabo Roncudo. En este último, una leyenda sitúa en el cabo Roncudo *Promontorio Sequens* de los romanos un templo al sol, el *Ara Solis*, famoso hasta la llegada de San Adrián a Corme, a cuya cristiana voz se desploma la estatua de *Odín*, dios del día y personificación del sol. Cuentan que su destrucción en nueve trozos atemorizó y desalentó a los soldados de Gondomil, que tenía su campamento en la cercana isla de la Estrella (Corme); siendo considerado este prodigioso suceso, augurio de malos presagios en la milicia del héroe celta Gondomil de la Comarca de Bergantiños. Cuentan asimismo nueve hermosas leyendas sobre cada una de las partes en que se deshizo la estatua de *Odín*. Estas leyendas se estructuran en torno a nueve monedas de oro con poderes mágicos. El color dorado para los celtas simbolizaba la luz y los rayos del sol, por eso cotizaban al oro más por su brillo que por su valor; también por las cualidades sagradas que los druidas le otorgaban. De todos es sabido que los celtas adoraban especialmente al sol, el cual aparece grabado en sus monedas áureas.

También Merino (1990:29), en *El viajero Perdido*, a través de su prosa sencilla pero elegante, conmovedora y plástica nos describe así los alrededores del cabo Villano en un día de tempestad:

Celina Vallejo contempló durante bastante tiempo aquellas aguas bravías, los roquedales que penetraban en el mar como oscuros cuchillos, el horizonte ensombrecido por un agrupamiento de nubes plomizas. Relataría luego a sus amistades que aquel paisaje tenía apariencia especialmente inhumana y que, los elementos sólidos –la placidez de los cantos, la negrura de los roquedales- como la violencia del mar –aquellas olas bramantes- se acomodaban perfectamente a las extremidades de cualquier delirio.

Para terminar, diré que quise ser también yo un eslabón más de esta cadena de voces que poetizan sobre la Costa da Morte y escribí (Cousillas, 1998:222) un romance al cabo Villano, el cabo traidor, uno de los enclaves míticos de esta mítica tierra y testigo pétreo de tantos naufragios:

ROMANCE AL CABO VILLANO

Villano, cabo Villano,
amigo de la mar brava,
que los mares iluminas
las noches de luna clara.
¿Porqué en noches de tempestad,
en las aguas agitadas,
al navío que las surca,

oculta tu luz plateada?
Villano, cabo villano,
amigo de la mar brava,
ocultado entre las brumas,
y por las noches compactas,
hurtando la luz del Faro,
las noches de marejada,
al marino que se bate
en torno a la mar salada.
Villano, cabo villano,
amigo de la mar brava,
los relámpagos te ciegan,
te ensordece la tronada,
te empapa la recia lluvia,
y el vendaval te amilana;
y no ves, ni oyes, ni atiendes
del náufrago la llamada.
El pinar gime y se dobla,
ante el viento que amenaza
arrasar todo lo que halle
en su imparable avanzada.
Las nubes plumizas corren
en busca de las montañas
y las tiernas margaritas
amarillas o bien blancas
son arrancadas de cuajo,
por las torrenciales aguas.
Y la neblina bajando,
se posa en la mar plateada
cercando a los navegantes
y cegando su mirada,

para que no se divisen
ni las rocas ni las playas.
Villano, cabo villano,
amigo de la mar brava,
no consentas en ser cómplice
y arroja de tu morada
los salvajes elementos
que a los navegantes matan.
No te llamarán traidor,
ni amigo de la mar brava.

Referencias bibliográficas

- AZORÍN. (1975). *El paisaje de España visto por los españoles*. Madrid: Austral.
- CASTRO, Rosalía de. (1992). *Cantares Gallegos*. Barcelona: Libergraf.
- COUSILLAS, M. (1998). *Literatura popular en la Costa de la Muerte (Enfoque semiótico)*. La Coruña: Ventoprint.
- FEIJOO, B. (1759). *Teatro Crítico Universal. T.III*. Madrid: C. Supremo.
- (1852). *Teatro Crítico Universal. T.III*. Madrid: Izco Hermanos.
- LÓPEZ ABENTE, G. (1971). *Monza de frores bravas para Nosa Señora da Barca*. A Coruña: Moret.
- MERINO, J. M. (1990). *El viajero perdido*. Madrid: Alfaguara.
- PONDAL, Eduardo. (1992). *Os Eoas*. La Coruña: Gaesa.
- VIVANCO, L. Felipe. (1974). *Los Caminos*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.